

Miedos democraticos: nuevas expresiones del temor en Latinoamérica.

Korstanje Maximiliano Emanuel.

Departamento de Ciencias Económicas. Universidad de Palermo Argentina

El siguiente trabajo de revisión versa sobre cinco autores de renombre internacional como Paul Virilio, Alicia Entel, U. Beck, J. P. Dupuy y Robert Lechner quienes han tratado el tema de la seguridad en nuestra sociedad moderna según la perspectiva latinoamericana. Un campo que ha sido originalmente fue estudiado por U. Beck y continuado por una gama amplia de pensadores y sociólogos en la actualidad. La pregunta central que diagrama nuestro trabajo es ¿Cuáles son las causas y consecuencias de los miedos modernos en las sociedades de consumo capitalistas?, ¿se replican los mismos arquetipos en Latinoamérica?.

En primera instancia nos detenemos en Beck quien propone un modelo para comprender el estado de riesgo continuo que parecen vivir las sociedades modernas capitalistas. El autor entiende que el proceso de la modernidad ha sufrido un quiebre luego del accidente nuclear en Chernobyl, Ucrania. Este hecho ha alterado radicalmente la forma de percibir el riesgo y las amenazas. A diferencia de los viajeros medievales quienes evaluaban los riesgos personales antes de partir a la aventura, los riesgos modernos se presentan como globales, catastróficos y caóticos hecho por el cual el sujeto se ve envuelto en un sentimiento de impotencia. En este contexto, Beck sugiere que la magnitud de este cambio es directamente proporcional con respecto al nivel de producción de las sociedades. A mayor “desarrollo” económico mayor probabilidad de experimentar ciertas amenazas (Beck, 2006).

Según Beck, los peligros se forman de pequeños riesgos individuales que la sociedad tolera gradualmente pero que acumulados la hacen colapsar. De esta manera, en oposición con la sociedad burguesa que mantenía una línea divisoria entre la riqueza y la pobreza, la sociedad moderna enfrenta una nueva configuración en su orden social. Esta nueva sociedad recibe el nombre de “Sociedad del riesgo” cuya característica principal radica en que los riesgos son distribuidos a todas las clases o grupos por igual.

A la lógica de la apropiación material del mercantilismo, se le presenta su antítesis, la lógica de la negación. En parte, por medio del periodismo o la ciencia los grupos privilegiados esconden información con respecto a los efectos negativos de determinada acción o minimizan los daños colaterales producidos por el hiper-consumo. Así, las responsabilidades y los derechos se desdibujan en un escenario global donde se desdibuja los límites entre la inocencia y la culpabilidad. Básicamente, el miedo surge como resultado de la negación del riesgo. Por otro lado, la intervención del mercado se encuentra ligada a la necesidad de alivianar el peso que sienten los consumidores por medio de la introducción de diferentes artículos y bienes de consumo. Si la sociedad burguesa se ha caracterizado por la distinción jerárquica en donde los “ricos” conservaban sus privilegios, la sociedad del riesgo se asume como tal “ya que nadie se encuentra a salvo”. El temor por el descenso social o la pobreza ha sido remplazado por una necesidad de impedir que lo peor suceda. Por ese motivo, Beck argumenta que la producción de riesgos es proporcional a la distribución de la riqueza; su tesis central es que la imposición de riesgos sobre los consumidores los lleva a estimular ilimitadamente al mercado. En definitiva, el temor es la única necesidad que no tiene fondo y siempre se mantiene insatisfecha (Beck, 2006).

Según el desarrollo de Beck, las formas productivas de las sociedades están cambiando, aun cuando se sigue operando en la lógica del “como si”, fingiendo prácticas y costumbres de hace algunas décadas, la esencia del mercado y las formas productivas han sustancialmente cambiado su dirección. En la vida social se observa un estado liminar o de pasaje entre una sociedad industrial a una del riesgo. La globalización del riesgo atenta contra la integridad individual; por ejemplo, Beck pone el ejemplo de las sociedades feudales de los siglos XVIII y su transformación final en el XIX. Mientras en la Edad media los demonios, la brujería y el mal marcaban la conciencia de la teología europea, en la actualidad los riesgos globales aumentan y marcan la conciencia del consumidor y del mercado. El problema que se observa en Beck es poder explicar como es que una sociedad que tolera sus propios riesgos puede por esa misma acción colapsar. Sin embargo, surgen de la lectura de esta obra un interesante vínculo entre mercado, trabajo y percepción del riesgo que será desarrollado a lo largo de la investigación.

En concordancia con Beck, R. Castel afirma que las sociedades modernas equipadas con todo tipo de bienes materiales y protecciones son paradójicamente aquellas en donde el sentimiento de inseguridad no sólo que es moneda corriente sino que atraviesa todos los estratos sociales. Esta paradoja, lleva a R. Castel a plantear una hipótesis por demás interesante; la inseguridad moderna no sería la ausencia de protecciones o medios sino todo lo contrario, una obsesiva “manía” vinculada a la búsqueda incesante de seguridad en un mundo social interrelacionado. Esa propia búsqueda frenética en sí es la que genera el constante sentimiento de inseguridad. En este sentido, no toda sensación sobre la inseguridad es proporcional a un peligro real, sino mas bien el desfase entre una expectativa desmedida y los medios proporcionados para poner en funcionamiento la protección; en otros términos estar protegido –sugiere el autor- implica estar amenazado; a medida que las sociedad va alcanzando nuevas metas en la materia, otras nuevas surgen dando origen a riesgos que no habían sido tenidos en cuenta plasmado en una especie de aversión colectiva al riesgo. Llegados a este punto cabe aclarar que implícitamente Castel se está refiriendo a la angustia que surge de la existencia colectiva y no a la inseguridad (Castel, 2006).

En este contexto, el trabajo titulado El pánico de Jean Pierre Dupuy exige debido a su profundidad y transparencia intelectual por lo menos un comentario. El autor, comienza su capítulo introductorio con una pregunta, ¿Cómo se mantiene unida la sociedad?, y continúa ¿Por qué las crisis que desgarran o los miedos que habitan en ella no degeneran en desórdenes generalizados o en desbandadas desenfrenadas?. Remitiéndose a la filosofía de Constant y Tocqueville (pero en especial de E. Durkheim), Dupuy sostiene que toda sociedad posee un lazo invisible que la mantiene funcionando, como un inconsciente colectivo que se impone a los hombres. Siguiendo las enseñanzas de la mitología griega, cuando el lazo social deja un vacío y surge el desmoronamiento repentino del orden social, aparece el pánico.

Más específicamente, en el antiguo y mítico mundo de Arcadia, la tierra de la eterna felicidad, donde Pan (dios de los pastores) llevaba apaciblemente su rebaño; pero esa deidad mitad macho-cabrío y mitad hombre, tenía una naturaleza ambigua. Por un

lado, se presentaba como un verdadero seductor mientras por el otro se comportaba como un monstruo de una “sexualidad insaciable”. Pan es constantemente rechazado por Eco, hermosa ninfa enamorada de Narciso quien justamente no ama a nadie más que a su propia imagen. Este podía aparecer súbitamente de los arbustos y atacar a los viajeros perdidos inspirando un terror repentino, el pánico. Explica el profesor Dupuy que los griegos utilizaban a Pan para simbolizar la causa presente-ausente de todo aquello sin causa y que carece de razón. De esa forma, los arcadianos podían transformarse de simples pastores a hordas de guerreros furiosos sin explicación aparente. Y en parte, ese también es el efecto psicológico que toma el pánico en la vida social. Invisible para algunos, el pánico es invocado cuando el inevitable caos no puede ser explicado y a la vez que la sociedad se disgrega por medio del pánico se vuelve a unir.

El grado de temor va acompañado a lo dudoso de su carácter externo o interno. Cuenta el autor que durante el terremoto de San Francisco en Octubre de 1989, una multitud de gente se disponía a presenciar un importante encuentro entre San Francisco y Oakland para lo cual las “violentas sacudidas” no generaron el menor pánico; en otras ocasiones el pánico es generado cuando los espectadores se abarrotan en las salidas o las vallas aplastándose entre sí. Como sea el caso, el autor sugiere que dos corrientes académicas actualmente se ha predispuesto a estudiar el fenómeno del pánico en las sociedades, una la Escuela Francesa, y la otra la Americana. En este sentido, L. Crocq, exponente de la Escuela Francesa define al pánico como *“miedo colectivo intenso, sentido simultáneamente por todos los individuos de una población, caracterizado por la regresión de las conciencias a un estadio arcaico, impulsivo y gregario, que se traduce en reacciones de desbandada de agitación desordenada, de violencia o de suicidio colectivo”* (Dupuy, 1999: 41). La definición precedente va asociada a una forma específica que caracteriza la forma en que la Escuela francesa razona el problema del pánico en las masas, por yuxtaposición de opuestos a modo de explicación del problema (paradoja). De un lado, entrando al terreno individualista abordamos al pánico como una suma de reacciones individuales, muy similares todas ellas entre sí, surgidas de un mismo estímulo o situación. Ante un mismo evento des-estructurante no existe una estructuración interactiva, sino que todos se mueven azarosamente por egoísmo y

buscando su mejor resultado. En el centro de nuestro modelo teórico, la idea apunta a una explicación por medio de la imitación como mecanismo carente de espíritu crítico; en estas circunstancias, la psicología primitiva del ser humano florece cuando éste se identifica anónimamente con una masa que lo envuelve. Por último, una postura holista (en el otro extremo) indicaría que el pánico se da por acción de un “alma colectiva” de la propia masa por la cual se sustituye las conciencias individuales y con ellas los sentidos de la responsabilidad interna. Dentro de esta corriente, el pánico reforzaría los sentidos de pertenencia de los individuos hacia su grupo.

Sin embargo, diferente parece la explicación que ha planteado la Escuela Americana para la cual el fenómeno se explica mucho menos irracional y salvaje de lo que supone la francesa. No es de extrañar que en la mayor parte de las situaciones de caos y crisis se esté muy lejos del pánico en sí mismo. Si bien éste implica un proceso de ruptura con las normas sociales, resocialización, no sugiere la posibilidad de una individualización extrema. En estos estados colectivos, el sujeto no regresa a su estadio arcaico animal (como supone la escuela francesa) como así tampoco se encuentra sujeto a los instintos más primitivos, sino guiado por un intenso miedo busca una solución racional; es precisamente cuando no encuentra la salida o alternativas cuando se torna preso de la irracionalidad. El sentimiento de impotencia es un factor importante a analizar en la predisposición del individuo a esta clase de circunstancias, un cuando no el único (Dupuy, 2007: 50). Ahora bien, ¿cuál es la relación que Dupuy establece y anuncia en sus capítulos introductorios con respecto al mercado y el pánico?. Según el autor, el terreno de las catástrofes financieras y de los mercados parece predisponer en verdaderas situaciones de caos y desorden generalizado. En efecto, entre el mercado y la masa existe un mediador, el pánico. Siguiendo el principio freudiano y las contribuciones de G. Tarde con respecto a las masas, Dupuy sugiere que las masas se caracterizan por: a) un principio “cohesionante” (de origen libidinal) en el cual los diferentes individuos que la forman se mantienen unidos por una especie de sacrificio narcisista; b) la personificación de un jefe, figura por la cual la masa necesita de unidad pero paradójicamente sella el destino de su propia desintegración; el lazo libidinal une a cada uno con su jefe reforzando un “amor de objeto” depositando un “ideal del yo” en provecho de ese mismo objeto; como todos tienen por deposito el mismo objeto se

fundan relaciones de reciprocidad entre los sujetos; y c) los fenómenos de contagio contribuyen una exageración de afectividad o una “exacerbación de las pasiones” que llevan a la masa a la irracionalidad.

El mercado, para Dupuy cumple las funciones arriba señaladas por cuanto funciona como un mecanismo automático auto regulado armonizando los amores y odios entre los individuos; individualidad, narcisismo y cálculo están al servicio de un supuesto bien común y la medida. Siguiendo las contribuciones de A. Hirschman, infiere Dupuy, en una sociedad moderna donde la religión se presenta impotente para adoctrinar las voluntades individuales, el mercado se comporta como un sustituto (anónimo) y evita la descomposición colectiva. La idea que las pasiones son egoístas y violentas se supondría neutralizada en un campo donde prima un libre juego de intereses lo suficientemente no tan fuertes ni tan débiles. En consecuencia, para nuestro autor, la masa se contrapone y se ubica contraria a los intereses del mercado negándola en sus tres pilares básicos, si la masa se caracteriza por su predominancia de la libido, el mercado lo hace por su dinámica egoísta; si la figura que comanda la masa es la del jefe, en el mercado el liderazgo es a-centrado; y si la masa basa su solidaridad por el contagio, el mercado hace lo propio por la protección y erradicación de todo tipo de emociones. Se observan, entonces, dos elementos que se ubican por oposición y deben ser reconstruidos. El grueso del colectivo deposita en su líder la seguridad y la confianza reforzando asimismo su afectividad y el narcisismo del jefe. Sin embargo, cuando por algún motivo esa figura protagónica desaparece, el pánico se apodera de la masa desintegrando todas las relaciones que Freud llama “libidinales”; cada miembro ahora se encuentra con su propio narcisismo y egoísmo. En la lógica de mercado, totalmente anárquica, se da lo que Dupuy denomina “la negación de la masa”. Surgen entonces, tres paradojas que deben ser resueltas.

La primera de ellas, se relaciona con la figura del jefe quien centraliza su narcisismo mientras todos han renunciado al propio; el jefe a la vez que simula amar a sus seguidores en el fondo los desprecia. El autor resuelve esta encrucijada poniendo en tela de juicio la idea misma del “narcisismo freudiano”. En efecto, como sostuvo Girard, Dupuy sugiere que nadie puede amarse asimismo más de lo que ama a otros y los otros

le aman a él, por lo tanto bajo la figura del “pseudo-narcisismo”. La excepcionalidad del jefe no es propia de sus características intrínsecas, sino parte de lo percibido y construido por el sistema. La segunda paradoja radica en que el pánico es esencia de la masa pero a la vez la separa. Siguiendo ésta misma línea explicativa, Dupuy propone abordar la paradoja asumiendo que el pánico asume el punto crítico (endógeno) que antes ocupaba el jefe, no se le opone, sino que lo sustituye. Generalmente, en el pánico cuando el caudillo se ha dado a la fuga, surge un nuevo representante que controla o intenta controlar la situación. En consecuencia, tanto el orden como el desorden se estructuran en torno a un punto endógeno fijo, espacio que no es pre-existente sino fundante del sistema. La tercera paradoja se relaciona al contagio del pánico. Si suponemos que el pánico rompe con los lazos libidinales, es imposible asumir que se propaga por contagio o imitación cuando son precisamente éstas últimas las responsables del “lazo libidinal”. Del pasaje de la masa al estado de pánico asegura Dupuy el contagio continúa presente. En este punto el autor sugiere *“la forma del pánico es la de una comunicación de elementos de una totalidad por mediación de uno o varios rasgos emergentes de esa totalidad considerada como trascendente, aun cuando sólo es auto-trascendente, es decir que son los propios elementos los que la hacen emerger”* (Dupuy, 2007: 81).

En una fuga pánico, los involucrados ya no toman como referente las acciones del vecino, como suponía Freud según su noción de “lazo identificatorio”, sino que copian sus parámetros de una “imitación generalizada” como rasgos emergentes pero a la vez constitutivos de la masa. En analogía, los agentes de mercado también actúan por una imitación generalizada cuando influidos por precios que son objetivamente fijados como externos, en realidad emergen del juego que da la propia interacción de mercado. Luego de lo expuesto, el autor sugiere interesantes análisis sobre la racionalidad del mercado y la Némesis de la especulación. En resumen, la tesis principal de su trabajo es *“la imitación se presenta entonces como la forma racional de administrar la incertidumbre... el sentido de estos avances se puede resumir con una fórmula que es mucho más que un mero juego de palabras: el mercado contiene el pánico, en los dos sentidos de la palabra, refrena su avance pero lo lleva dentro de sí”* (ibid: 83). Empero, ¿no cae Dupuy en la misma paradoja que entonces ha intentado de-construir con su

método?. La respuesta es: definitivamente. Como sea el caso y a pesar de los obstáculos metodológicos reseñados, el trabajo del profesor Dupuy resulta de particular interés ya que revela una relación dialéctica entre el pánico como elemento estructurante de los grupos sociales (constituidos o no) con respecto a la lógica legal-racional e impersonal del mercado. Este tema, es de capital importancia en P. Virilio y su tratamiento de la urbanidad moderna.

En perspectiva al tratamiento de J Dupuy, P. Virilio establece que las grandes ciudades pueden convertirse para algunos en lugares desconocidos a los cuales temer. Sin embargo, la ciudad de mediados de siglo XX se ha transformado en una aglomeración “memorial de un pasajero objetivado”. El hábito de descubrir por un lado orienta pero a la vez promueve una ceguera temporaria. La sistematización de conocer evita el reconocimiento; la búsqueda frenética por encontrar evita el reencuentro. En efecto, como sostiene Virilio *“inversamente, cuando el descubrimiento se convierte en hábito, en acostumbramiento al espacio de los barrios, y comenzamos a orientarnos, esa visión clara desaparece para dejar lugar a una ceguera propicia al reconocimiento automático de los lugares”* (Virilio, 2007: 17). La arquitectura urbana tiende a fomentar la comunicación bajo un clima de indiferencia absoluta. Dice entonces el autor, *“en efecto, si la torre habitacional ha reemplazado a la colina, a la fortaleza y a su campanario, es porque era el único medio de alcanzar el cielo y extenderse verticalmente. De aquí en más, con el jet supersónico o el cohete, la torre se ha motorizado. Se ha despegado del suelo como de su gravedad para emerger hacia lo más alto, adquiriendo así la velocidad de liberación de la gravedad terrestre”* (ibid: 28). Si no fuera por el “montacargas” luego transformado en ascensor, las grandes edificaciones no hubieran sido posibles; éstos conectan más de cien pisos en minutos en analogía a los grandes medios de locomoción.

En la era del “conformismo mediático” y la “estandarización de la producción”, los hombres tienden a conformar su mundo en tiempo real. La lógica de la modelización de la globalización lleva a la demagogia del accidente por el accidente mismo (sea este local o global). En este punto, el accidente subvierte la condensación de presente en detrimento al pasado y la sincronización de las emociones humanas. En concordancia

con la tesis weberiana sobre la “jaula de hierro”, existe una dinámica industrial tendiente a relegar y controlar las emociones y los sentimientos. Si la vida social se ha transformado en un ámbito impersonal, la ficción de lo virtual se caracteriza por condensar una teatralización de lo emocional. Las guerras y los conflictos, son convertidos en temibles dramas pasionales con nuevos episodios cada “tres horas”; la velocidad de propagación de las diferentes imágenes llega en minutos a los hogares de los televidentes con el fin de crear un “misterio del miedo”. El miedo pasa a ser así no sólo un mecanismo de control político sino también un bien de consumo o “fetichismo de la subjetividad”. Más específicamente, los puntos importantes en Virilio versan sobre tres ejes principales: a) la desregulación del tiempo genera un vacío cuyo espacio es ocupado por los medios de la información y el consumo; b) el turismo debe ser comprendido como una forma virtual de enajenación y separación entre los hombres; c) el miedo adquiere una función política desde el habitar urbano y moderno.

En este sentido, la compleja tesis de Virilio se esmera por probar que la imposición de la imagen informativa genera una psicosis colectiva. El miedo es un ingrediente básico de la fantasía, pero su teatralización persigue fines de hegemonía política. Esta figura de dominio se construye tanto por lo transmitido como por lo excluyente, como las diversas bombas arrojadas por el ejército estadounidense en poblaciones civiles; y cuya constatación se encuentra ausente en cualquier museo. Por ese motivo, Virilio denomina Ciudades-Pánico a las aglomeraciones cuya catástrofe más evidente es su propio existir. El caos y el desorden transmitidos por los medios informativos llevan a la reclusión de los hombres en grandes ciudades, con la esperanza de encontrar seguridad por medio de mecanismos sustitutivos como el consumo generalizado. Entonces, el autor afirma *“a la hiperconcentración megalopolítica se agrega no sólo el hiperterrorismo de masas sino también una delincuencia pánica que reconduce a la especie humana a la danza de muerte de los orígenes, convirtiendo nuevamente a la ciudad en una ciudadela, o dicho de otro modo, en un blanco para todos los terrores, domésticos o estratégicos”* (ibid: 98). En el vouyerismo de la tragedia existe una política de la riqueza, la aceleración y la acumulación.

La pérdida de la localización física (domicilio) completa la visión aterrizante de lo externo; el temor infundido funciona como forma de distracción y aprehensión ritual. El afuera comienza aquí esboza la idea de que el colonialismo mercantil tome una naturaleza “extravertida” fuera de cualquier localización geográfica y el “crepúsculo de los lugares”. Los medios siempre están anunciando una gran “catástrofe” anulando así el Estado de derecho y lo que es peor los derechos civiles. En otras palabras, la crisis y el miedo como forma de institución refuerzan el sentido de la desmesura en el sentido aristotélico y legitiman el valor de mercado por sobre el humano, y así éstos dejan de “ser” para simplemente “valer”. El derecho que apunta a “proteger al más débil” se transforma “en el derecho de ejercer la fuerza por el más fuerte. De esa forma, se genera una escenificación del vínculo y una cosificación del pasado y la emoción. Una de las críticas que se pueden hacer sobre el trabajo de Virilio, además de su negativa y apocalíptica concepción de la modernidad, es la de confundir la causa con el efecto. La urbanidad no es causante de la modernidad sino su resultado mientras que por otro lado no es el mercado un eje fundante del capitalismo, sino la lógica legal-racional. Países como los Estados Unidos hasta hace poco liberales con respecto a la regulación del mercado, demuestran características de urbanidad similares a países socialistas como fue la U.R.S.S con una fuerte regulación en el mercado, ambos tan capitalistas no por sus formas de producción o la intervención del Estado pero si por su lógica de control de resultados según parámetros basados en la lógica “legal-racional” o burocracia weberiana (Weber, 1985) (Berger, 1989). En consecuencia, aducir que la urbanidad y la “dictadura de la imagen” explican por sí mismas el problema del “pánico generalizado” es una hipótesis discutible.

Contextualmente, a pesar de los avances tecnológicos en comunicación y en seguridad, cada vez más gente que comparte costumbres y vivencias en las grandes ciudades se ve asediados por temores intensos y crecientes. En este contexto, se ubica el reciente trabajo de Alicia Entel titulado *La ciudad y sus miedos, la pasión restauradora*. Los objetivos de la autora es reflexionar y explicar la importancia que tiene en investigación social las instituciones sociales y sus respuestas en contextos de crisis, comprender el vínculo filosófico entre el imaginario colectivo y la discriminación, entender el rol que juegan en estos procesos los Medios masivos de comunicación a la

vez que su énfasis en las diferentes políticas sociales que deben ser llevadas a cabo en la materia.

Por su parte, Entel enfatiza una y otra vez que la inseguridad se ha producido debido a un declinar en la confianza que los ciudadanos tienen por sus instituciones políticas. Por lo general, la fe que ellos depositan se encuentra indefectiblemente ligada a la eficiencia y eficacia como así también en las vías por las cuales el Estado Nación ejecuta esas demandas. Inserta en América del Sur, Argentina se ha caracterizado por una larga tradición de liderazgos fuertes y democracias débiles. En los últimos años las recetas económicas neo-liberales llevaron a subsumir a la población en general con un 30% de personas desocupadas y un 20% viviendo bajo la línea de la pobreza. Entel diagrama su propuesta basada en el marco teórico freudiano que explica al miedo como un instrumento capaz de evitar la fragmentación de la personalidad ante estímulos de doble mensaje o ambivalencia. Según los datos recogidos de entrevistas personalizadas en barrios de Flores del Paraná, Villa Sarmiento y Buenos Aires, Entel considera que la gente confía menos en sus propias instituciones. En una especie de contraste interdisciplinar entre el psicoanálisis freudiano con el existencialismo nietzscheano, su propuesta apunta a señalar que existen dos clases de miedos: 1) el primero, difuso, latente y sentido en la ciudadanía cuando los lazos sociales se debilitan, y 2) un miedo más práctico y real producido por la propia percepción del riesgo individual como por ejemplo puede ser el avance del desempleo y la exclusión económico-social.

Según la visión de Entel, en Latinoamérica en la década del 1970 las dictaduras militares instalaron como forma de disuasión el terror físico por medio de la tortura y la desaparición. En la actualidad, el consumo de estupefacientes y la pasividad del Estado se constituyen como un mecanismo efectivo de silenciamiento y de exterminación dentro de ciertos sectores. La autora considera que cada sociedad conserva una memoria del temor la cual se va adaptando según las circunstancias; a este arquetipo mítico del temor Entel llama “la pasión restauradora” ya que su función es reestablecer el “orden social”. En breve, el libro de Entel se encuentra plagado de licencias retóricas que en parte dificultan la lectura del mismo y no permiten seguir con claridad su argumento. Por otro lado, la filósofa argentina acepta que el miedo es un fenómeno emocional y

profundo, el cual sólo puede ser estudiado siguiendo una línea metodológica cualitativa; no obstante, ella no aclara en ningún momento los datos exactos de la muestra entrevistados como así tampoco la fecha en que fueron grabadas las entrevistas o el tiempo que llevaron. Por otro lado, la idea de asumir que los países latinoamericanos son menos democráticos que los europeos o norteamericanos no sólo es imposible de probar científicamente sino un concepto polémico y etnocéntrico.

En la misma línea argumentativa que A. Entel, Norbert Lechner analiza como la expresión de inseguridad y temor que operan en las sociedades latinoamericanas contemporáneas. Según su observación existen tres tipos de miedos coexistiendo: a) el miedo al otro, b) el miedo a la exclusión y c) el miedo al sinsentido. En concordancia con autores como Beck, Castel, y Virilio, Lechner (1998) asume que la modernidad no mantiene relación con la subjetividad de la gente. En el miedo al otro se expresa por medio del delincuente, aquel que es-temido como principal amenaza al sentimiento de seguridad colectiva. El temor al delincuente se encuentra enraizado a un miedo generalizado al “otro”; a otro que en su supuesta agresividad pone en tela de juicio la propia. En consecuencia, el accionar de la modernidad ha quebrado los lazos sociales declinando la confianza y socavando las “identidades colectivas”. Esta precariedad “del nosotros” aumenta la huida hacia el “hogar”; la familia y el entorno aparecen como el último refugio ante los problemas morales y económicos que se le presentan “al sujeto” todos los días. La tesis central del autor es que “*la erosión de la sociabilidad cotidiana acentúa el miedo al otro*” (Lechner, 1998: 185).

El segundo tipo, el miedo a la exclusión se caracteriza por con una desconfianza general en “los sistemas funcionales”. Este sentimiento de impotencia es provocado tanto por el acceso desigual de los ciudadanos a estos sistemas (educación, salud, previsión) como la excesiva monetarización y la mercantilización de los problemas (privatización de la vida pública) o como ha dicho Beck la emergencia de un nuevo tipo de riesgos y amenazas globales que exceden las expectativas y posibilidades de los ciudadanos. En sí, la amenaza no se da externa a la sociedad sino que es provocada por la misma intervención del mercado en la vida pública. Asimismo, Lechner observa que existe un aumento en “la autonomía de las lógicas funcionales” que aumenta el temor a

ser excluido. Esta idea se encuentra enraizada en la tesis weberiana de la “jaula de hierro” por la cual las instituciones y su racionalización comienzan a desprenderse de los “sujetos” y a tomar vida propia (Lechner, 1998: 189). El discurso neoliberal naturaliza esta lógica imponiendo en la competencia de mercado el valor central de las relaciones sociales. Este hecho da origen a un tercer tipo de temor, “el miedo al sinsentido”.

Básicamente, el miedo al sinsentido emerge de nuevas experiencias o de situaciones que no han sido observadas anteriormente; este temor se caracteriza por ser difuso y desdibujado, menos práctico que los anteriores. La “situación de caos” en combinación con una “globalización” y una constante competencia provocan constantes “nuevos estados” en los cuales los individuos no terminan de adaptarse. La realidad se escapa de las posibilidades de los actores y se interna en el campo de la incertidumbre. Sin estos referentes de orientación al alcance de la mano, “la realidad deja de ser inteligible y aparece fuera de control” (ibid: 192). Dicha observación va en contradicción con la tesis de Dupuy (1999) quien considera que el “pánico” en este caso el temor, no es provocado por el mercado en forma externa y lineal, sino que es la misma construcción humana del mercado aquella que crea, controla pero a la vez contiene en su interior al pánico.

El interesante ensayo de N. Lechner propone un modelo tripartito para “comprender el miedo” moderno y la constante sensación de inseguridad. Retomando las profecías weberianas con las preocupaciones de Beck (2006), Lechner enfatiza en los efectos de la modernización tanto sociales como económicos en América Latina. Siguiendo éste razonamiento, el otro, la exclusión y el sinsentido se presentan como elementos fundamentales o amenazas sobre la ciudadanía. Estas construcciones, creadas por el mercado y su doctrina de “competencia perfecta”, se presentan como ilustrativas al tema en estudio. Sin embargo, el trabajo de referencia posee una contradicción en su desarrollo precisamente entre “el miedo a la exclusión y el miedo al sinsentido”; por un lado, el miedo a la exclusión operaría erosionando la sociabilidad del sujeto excluyéndolo del sistema mientras que el miedo al sinsentido se da por estar el propio sujeto inserto en la dinámica competitiva del mercado. Por lo tanto, se entiende que un

desempleado puede experimentar miedo a la exclusión y un gerente de banco miedo al sinsentido. Además, se observa cierta debilidad argumentativa en este punto ya que Lechner enfatiza en la interrelación que existe entre los tres tipos de temores. No obstante a ello, el segundo y tercer tipo parecen diametralmente opuestos. ¿Cómo puede una persona excluida del sistema entrar en competencia con otros y estar a la vez inserta?

Segundo, Lechner comete un error conceptual en considerar al miedo como sinónimo de angustia. Según nuestra perspectiva, *el miedo debe entenderse como un sentimiento de reacción inmediata ante determinado estímulo cuya aparición no es apriorística con respecto a cierto estímulo*; en este sentido, el tratamiento de los autores sobre el tema es erróneo e incompleto; siguiendo esta línea de razonamiento no es posible temer ni a la muerte ni al viaje por cuanto ambas operan por fuera de la experiencia directa, el temor opera a posteriori sobre el sujeto usando términos kantianos. Por ejemplo, no se puede temer a un hecho antes que este suceda; el temor no puede ser imaginado o elaborado simbólicamente antes que el objeto que lo estimula aparezca en escena. Si un sujeto teme morir, sólo experimentará la muerte una vez muerto y por tanto ya no sentirá temor; ésta contradicción no puede ser resultado de otra más que otorgando al temor su carácter primario. Circunstancialmente, lo que el sujeto siente ante la presencia de la muerte o antes de emprender un viaje por una tierra desconocida no es temor sino angustia. Pero ¿cual es el tratamiento teórico que ha recibido la angustia dentro de la filosofía y las Ciencias Sociales?, ¿es lo mismo la angustia que el miedo?, ¿Cuáles representan sus características distintivas?

Referencias

- Beck, U. (2006). *La Sociedad del Riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona, Paidós
- Berger, P. (1989). *La Revolución Capitalista: cincuenta proposiciones sobre la prosperidad, la igualdad y la libertad*. Barcelona, Editorial Península.
- Castel, R. (2006). *La Inseguridad social: ¿Qué es estar protegido?*. Buenos Aires, El Manantial.
- Dupuy, J. P. (1999). *El Pánico*. Barcelona, Gedisa.
- Entel, A. (2007). *La Ciudad y sus Miedos: la pasión restauradora*. Buenos Aires, La Crujía Ediciones.
- Hobbes, T. (1998). *Leviatán o la materia, forma y poder de una República Eclesiástica y Civil*. México, Fondo de Cultura Económica.

- Lechner, N. (1998). "Nuestros Miedos". *Perfiles Latinoamericanos*, 13: 179-198.
Disponble en Redalyc,
<http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/115/11501307.pdf>.
- Virilio, P. (2007). *Ciudad Pánico: el afuera comienza aquí*. Buenos Aires, libros el Zorzal.
- Weber, M. (1985). *Ensayos de Sociología Contemporánea II*. Buenos Aires, Ediciones Planeta-Agostini.